

PRÓLOGO

LEER A HANS URS VON BALTHASAR

Ángel Cordovilla Pérez

En el verano del 2004 llamé a la puerta de la casa sita en la calle Arnold Böcklinstrasse, 42 en la ciudad de Basilea donde Hans Urs von Balthasar vivió al menos los últimos 25 años de su vida y donde falleció el 26 de junio de 1988, dos días antes de ser creado cardenal de la Iglesia católica. Yo quería visitar la tumba del teólogo suizo, como hace unos años había hecho en Innsbruck con la tumba de otro gran teólogo alemán que durante algún tiempo habían sido amigos y estrechos colaboradores: Karl Rahner. En ese momento no recordé que Balthasar estaba enterrado en Lucerna en el panteón familiar, sin embargo, el viaje desde Heidelberg a Basilea no me resultó en balde. Gracias a este despiste tuve la oportunidad de conocer la casa donde Balthasar vivió sus últimos años y donde todavía se mantenían los recuerdos de su vida diaria: la galería donde rezaba el oficio divino; el despacho donde trabajaba con la ilustración del Cristo crucificado de Matthias Grünewald encima de la puerta; la biblioteca monocromática de fuentes que tenía siempre a mano detrás de su escritorio; la habitación donde guardaba la biblioteca multicolor de bibliografía secundaria y monografías que le enviaban los autores; y sobretodo, pude saludar y conocer a Cornelia Capol, quien había sido su secretaria y fiel colaboradora a lo largo de su vida. Con ella mantuve una amigable conversación que se prolongó durante un tiempo. Me quedó la impresión de respirar una cierta nostalgia o melancolía

porque el interés que suscitaba la figura y la obra de von Balthasar en el mundo de habla hispana no era correspondido en el contexto natal de su autor. A esto se añadía la decisión de tener que vender esta casa histórica para sacar fondos y así crear un archivo moderno donde se pudiera mantener a salvo y de forma eficiente la herencia espiritual e intelectual del teólogo suizo. Aunque no tuve el privilegio de encontrarme personalmente con Hans Urs von Balthasar, al menos tuve la suerte de conocer la casa donde pasó los años más fecundos de su trayectoria teológica.

Desde este encuentro me he preguntado si realmente la percepción de Frau Capol sobre la recepción de la obra de Balthasar es ajustada a la realidad, confirmando así de alguna forma la afirmación que el propio teólogo de Lucerna había realizado en su *Epílogo* sobre su obra teológica como una botella lanzada al mar con la esperanza de que algún día fuera recogida y leída por alguien. Mi experiencia es que cada vez somos más los que hemos recogido esa botella, la hemos abierto y nos hemos enriquecido sobre manera con la lectura de este autor inclasificable. Todavía hoy, después de haber dedicado algunos años al estudio específico de sus obras para la tesis doctoral, sus páginas me siguen iluminando sobre manera en el trabajo teológico. Su influencia en la teología contemporánea es cada vez más evidente, aunque nunca tendrá la repercusión y significación que por ejemplo ha tenido la obra teológica de su homólogo Karl Rahner. Hay muchas razones de este desequilibrio, si se puede llamar así, que probablemente tienen que ver con la celebración del Concilio Vaticano II y los vaivenes de su recepción, pero no es menor la constatación de que Rahner fuera profesor y profesional de la teología, mientras Balthasar nunca quiso situarse en esta situación. Precisamente el autor suizo huyó de la teología de escuela; no quiso ser profesor y todo su proyecto teológico fue conducido a través de la editorial Johannes Verlag creada por él y financiada con el dinero de su familia para poder publicar la obra de Adrienne von Speyr; traducir clásicos de la teología y editar su propia obra. Esta decisión que a Balthasar le otorgó una libertad sin igual,

acorde con su capacidad creativa, tuvo también sus consecuencias, especialmente en lo referido a la posibilidad de influir en el conjunto de los estudios de teología orientados a la formación académica y al estudio sistemático de la ciencia teológica.

La novedad del planteamiento teológico de Balthasar y la forma literaria de su teología han hecho que su influencia y su repercusión hayan sido mucho más lentas. Hay ya afirmaciones que han pasado a formar parte del acervo teológico y en gran medida, aunque no exclusivamente, podemos decir que se deben a él: la primacía del trascendental de la belleza y la existencia de los diversos estilos teológicos en la epistemología teológica; el fundamento eterno trinitario de las misiones divinas; la centralidad del *triduum paschale* en la teología; la teología de la representación y del admirable intercambio en la comprensión de la salvación cristiana; la inseparabilidad de teología dogmática y la espiritualidad o la teología de los santos como fuente del quehacer teológico; el Evangelio como norma y forma fundamental de la espiritualidad cristiana... Podríamos continuar con la enumeración de aspectos particulares de su teología que ya han pasado a la corriente general de la teología académica, aunque esta no es ahora nuestra intención. El segundo volumen de la obra que prologamos del teólogo chileno Rodrigo Polanco explica y muestra precisamente la importancia y la fecundidad de estos temas en la obra balthasariana.

La pregunta que queda pendiente no es sobre algún aspecto particular de su teología, sino si su «sistema teológico», podríamos decir, su intuición fundamental, ha sido recibida o no. En el *Meeting* de Rímini del año 2002 el cardenal Joseph Ratzinger constataba que si bien muchos detalles de su obra fundamental *Estética teológica* se habían acogido en el ámbito teológico el planteamiento de fondo que constituye el elemento esencial de todo no se ha asumido en absoluto. Ese elemento esencial es la convicción de que el impacto provocado por la belleza de Cristo manifestada en la muerte y resurrección produce un conocimiento más real y profundo que la mera deducción racional.

La belleza provoca una forma correspondiente de conocimiento que se adecúa mejor al objeto de la teología que la pura deducción racional o investigación histórica. Estas son necesarias, pero radicalmente insuficientes. Por esta razón, unos años después en el Congreso Internacional celebrado en Roma en el 2005 con ocasión del centenario de su nacimiento ya como papa se dirigía en estos términos a quienes éramos sus participantes: «Creo que su reflexión teológica mantiene intacta hasta hoy una profunda actualidad y provoca todavía a muchos, guiados por su indiscutible autoridad, a adentrarse cada vez más en la profundidad del misterio de la fe».

La obra teológica de Balthasar no es manualística, ni puede ser comprendida desde las materias específicas de los diferentes tratados teológicos. Desde sus tiempos de estudiante, él tenía una cierta aversión a la «teología escolástica», a la que comparó con un desierto por el que no tuvo más remedio que transitar. Pero esto no quiere decir que su obra carezca de una perspectiva sistemática, como bien ha querido explicar y poner de manifiesto Rodrigo Polanco en este primer volumen de su obra dedicada al estudio de los ejes estructurantes de la teología de Balthasar. Fascinado por un centro que es la revelación de Dios en la persona de Jesucristo en lo más concreto de la historia en el misterio pascual, el teólogo de Lucerna despliega la altura, anchura y profundidad de este misterio en torno a los tres trascendentales, comenzando por el trascendental de la belleza (*Estética teológica*), preguntándose por la capacidad del ser humano para contemplar la figura única y singular de Jesucristo revelando la gloria de Dios y el destino del mundo. Esta percepción de la gloria de Dios en la persona de Cristo otorgada por el hecho mismo de su manifestación es el punto de partida de la historia de un drama provocado por el encuentro de dos libertades que son la condición de posibilidad de la acción y el desenlace de la historia de la salvación (*Teodramática*). Esta acción dramática permite adentrarnos en la lógica de la acción y revelación de Dios, atendiendo finalmente a la pregunta por la verdad, la verdad del mundo y la verdad de Dios revelada en la carne de Cristo y

desplegada en toda su novedad por el Espíritu Santo (*Teológica*). A pesar de la tentación de querer encajar esta trilogía en una perspectiva formalmente trinitaria, como si la primera parte estuviera centrada en la persona del Padre, la segunda en el Hijo y la tercera en el Espíritu, el propio Balthasar rechazó esta sistematización. La obra teológica de Balthasar no es trinitaria en su estructura formal, sino más bien en la entraña de su contenido y en el desarrollo de sus temas fundamentales. Nos encontramos ante una de las propuestas más originales de la teología del siglo XX donde nadie hasta entonces había pretendido articular desde los tres trascendentales el contenido fundamental de la teología y menos aún comenzando por el olvidado trascendental de la belleza.

La obra del profesor y teólogo chileno Rodrigo Polanco que ahora prologamos nos ofrece la fecundidad de este programa teológico, mostrando en un primer volumen las influencias y presupuestos fundamentales que confluyen en la propuesta balthasariana (*Hans Urs von Balthasar I. Ejes estructurantes de su teología*), para exponer en un segundo volumen el despliegue del contenido más significativo del autor suizo desde la triple articulación que ya hemos comentado más arriba (*Hans Urs von Balthasar II. Aspectos centrales de su Trilogía*). Nos encontramos ante una magnífica introducción al pensamiento balthasariano cuyo valor más significativo es otorgar una visión orgánica de toda la obra del pensador suizo. Rodrigo Polanco posee un conocimiento amplio, exhaustivo, riguroso de toda la obra de Balthasar a la que le ha dedicado muchos años de su trabajo y estudio, así como la más importante y significativa bibliografía secundaria que expone para aquel que quiera profundizar en un aspecto más concreto del *opus balthasariano*. Es obvio que una monografía de este estilo nunca puede sustituir la lectura directa de la obra del autor, pero para el lector no iniciado en la obra de Balthasar constituye una guía encomiable. Este libro realizará su función si al final aviva el deseo del lector de enfrentarse directamente al estilo cautivador, bello, provocador y profundo del teólogo suizo. Porque al final, leer directamente a los

clásicos, a un clásico moderno como es Balthasar, es lo que puede encender en los lectores la pasión por la teología, la pasión por acoger y pensar la revelación paradójica y gratuita de Dios en la persona de Cristo y el don del Espíritu. La introducción a la teología hay que realizarla a través de manuales pedagógicos y tratados articulados y sistemáticos que nos ofrezcan de forma clara y ordenada el contenido fundamental. Pero a hacer teología solo se aprende a la sombra de los grandes, pues son ellos los únicos que pueden encender en cada uno de nosotros la pasión por Dios y por todo lo que ha dado de sí cuando la razón humana se ha abierto a este incomprensible misterio en la singularidad de su revelación histórica.

No visité la tumba de Balthasar. Después de despedirme de Cornelia Capol y regalarme un ejemplar del libro *Zu seinem Werk*, una consagrada de la Comunidad San Juan me acompañó al cementerio donde estaba enterrada Adrienne von Speyr, persona decisiva en el desarrollo de la teología del maestro suizo y fundamental en la misión compartida desde sus experiencias y revelaciones místicas. Allí ante la tumba de quien constituyó la otra mitad de la obra balthasariana recé para que esta no sea más una botella arrojada en el mar, sino una fuente donde puedan inspirarse los teólogos en el futuro. Confiamos en que la publicación de esta obra favorezca este propósito.